

de hombres y dinero, pide tanto mas á las provincias, cuanto menos se ocupa de su suerte y bienestar. Los súbditos no satisfacen los pedidos y se manda los paguen los decuriones, abandonan las tierras y se obliga á los demas propietarios á comprarlas. Los decuriones, odiados por los que han convertido en tiranos, y odiando porque á su vez son oprimidos, se sustraen á sus funciones, pero se les sujeta á ellas por la fuerza; y ademas, son conferidos á los bastardos, á los judíos, y aun á los desertores, y así el título de ciudadano romano, antes estimado y adquirido á enorme precio y como premio de ilustres servicios, se eludia y repudiaba como infame.

Menos poderoso y mas sencillo era el método de exaccion usado por los bárbaros, que aquella estorsion bajo un gobierno corrompido, en que los andrajos de una libertad destronada y proscripita, se mezclaba con los horrores de un despotismo cruel y de una servidumbre efectiva. Millares de esclavos solo aspiraban la hora en que sus amos y opresores cayeran en la abyeccion y el desprecio para desasirse de sus cadenas, y tirarlas al rostro odiado de sus tiranos: sometida la poblacion del campo, que era cultivádose al ominoso yugo del empadronamiento, y á sus servicios corporales, intolerables y penosos, ofrecian sus brazos á cualquiera que les otorgara algun alivio ó les brindara un cambio de males, al par que los

de las ciudades estaban dispuestos á favor del que rompiese aquella red de Penélope, aquella inmensa tiranía que envolvía al mundo entero desde el emperador hasta el último esclavo.

Este estado social del mundo fué quizás el mas poderoso auxiliar de los bárbaros, pues en los descontentos encontraron un fuerte elemento que aligeró su triunfo, y los ayudó á repartir los despojos del pueblo rey, el manto carcomido de la señora del mundo; pero el triunfo de las hordas toscas y semisalvajes del Norte no mejoró la condicion de la agricultura, de la industria y del comercio; pueblos guerreros por naturaleza, su patrimonio era la espada, su estudio los campos de batalla, su industria asolar campos y ciudades, y su comercio hacer esclavos; la humanidad no ganó, pues, este cambio, ni menos las artes, ni tampoco la agricultura, y cuanto de ello se salvó fué debido al clero.

Por fortuna entre ellos dominaba ya el cristianismo, y este elemento civilizador que en Occidente y Oriente entre los pueblos cultos estaba paralizado, merced á las herejías y á los restos del paganismo, ejerció en el ánimo de los nuevos guerreros un influjo benéfico que suavizó sus costumbres salvajes, y amansó sus instintos feroces. El clero, con la caridad en los labios, fulminando castigos contra los transgresores de tan hermosa virtud, y prometiendo bienes infinitos á cuantos

la practicasen, hizo convencer á los bárbaros que vencedores y vencidos habian sido redimidos con una misma sangre y eran hijos de un padre comun. Al lado de los castillos que el feudalismo, elemento que importaron los conquistadores, levantaba, se erigia una ermita, y en aquella ermita el sacerdote del Señor esparcía consuelos á los oprimidos; la aldea que se tendia al lado del almenado alcázar de aquel señor, era un pueblo agrícola, industrial y comercial que contribuía, es verdad, al lujo del opulento castellano, á su vanidad, á sus vicios, si se quiere, pero el sacerdote que administraba el pasto espiritual, la palabra de vida á siervos y señor, á vencedor y vencido, era el tribuno que abogaba por el pobre, por el oprimido, por el que sufría; hijo del pueblo salido de sus filas, entre aquellos colonos, tenia hermanos, parientes, sus padres tal vez, y sus miserias no podian serle indiferentes, era el pastor de aquel rebaño que Jesucristo habia puesto bajo su cuidado, y tenia que proveer á sus necesidades y proveia efectivamente, y de aquí resultó aquel cariño, aquella veneracion, que mas tarde, en nuestros dias, se ha calificado de supersticion, de fanatismo, y cuya posesion se ha atribuido sin conciencia ni criterio con el mayor descaro, con la mas cínica desfachatez, á los medios mas reprobados, á las raterías mas groseras, al mas criminal egoismo, sin tener en cuenta que en un

tiempo en que se proclama la soberanía de los mas, y cuando el número decide, concediéndosele cierta especie de infalibilidad, debia mas que nunca establecerse aquel axioma tan decantado cuando conviene, como despreciado cuando no llena los deseos de ciertas gentes. Todos no se engañan, ni mienten, ni se equivocan.

Pero vamos al asunto; aquel sacerdote, protector de las gentes del campo, al par que amansaba los instintos guerreros del señor, inclinándole á la paz, llevaba el amor al trabajo al corazón de los colonos, presentándose como una virtud, y de este amor nació la prosperidad de la agricultura, de la industria, del comercio, á él se debe que los campos que poco antes eran mansion de sabandijas, incultos y yermos, se convirtiesen bajo el peso del arado y el golpe de la hazada en verjeles hermosos, llenos de verdor y vida, en campos bien cultivados, en frondosos viñedos que producian cuantos frutos, cuantas legumbres, cuantos granos son necesarios para el sustento. Hizo más: con sus viajes, con sus peregrinaciones, al par que descubria nuevos pueblos adonde llevar la luz de la verdad y á quienes predicar el Evangelio, descubria nuevas producciones, vegetacion nueva, árboles desconocidos, frutas no vistas, flores, plantas, legumbres utilísimas para la vida por sus virtudes medicinales y alimenticias.

El sacerdote predicaba una religion fundada

sobre el amor de los hombres á Dios, á sus semejantes, y la sabiduría de esta religion debia nutrir el cuerpo social, llevar á él su espíritu introduciéndole en las costumbres, en la civilizacion, en las leyes; y este amor, una vez posesionado de los corazones, debia desterrar los rencores, los odios, las malas voluntades, la bárbara complacencia de oprimirse, de despedazarse, de aniquilarse, y de aquí debia nacer la estincion de la guerra, del derecho de conquistar, del de la ley de la fuerza y el imperio de la paz; el imperio de la paz debia traer necesariamente el amor al trabajo, y aquellos brazos empleados con menoscabo de las artes, la industria, el comercio, la agricultura en las ciencias, en matar, destruir y asolar, iban á dedicarse á las labores y á cambiar la hoz por la espada, el martillo por la lanza, los campos de batalla por los talleres, contribuyendo así con su inteligencia, con su laboriosidad y con sus brazos al bien de la sociedad, al triunfo de la razon, sobre la fuerza brutal, al desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria, y á la prosperidad del Estado; y así fué efectivamente, merced á los desvelos del sacerdote de Jesucristo, á sus exhortaciones y á su ejemplo, á la proteccion que dispensó al pobre y á los consejos que dió al poderoso.

Por ellos el magnate, el opulento señor, el soberano mismo, depusieron su amor á la guerra; y

á las rapiñas gloriosas sucedió el amor á las artes; entonces fué cuando conoció que los campos le debian proveer lo necesario para su sustento, y que de sus productos debia sacar para que las artes y la industria proveyese á sus comodidades, á su lujo y hasta á lisonjear su vanidad, y de este modo les prestó su apoyo, su proteccion, y contribuyó á su prosperidad. En esta nueva senda civilizadora, la Iglesia marchó al frente, se puso por modelo de los grandes y poderosos, y con su ejemplo colocó el mundo en el progreso agrícola é industrial. Y porque no se diga que al establecer este principio obramos caprichosamente, vamos á esplanar un poco nuestro aserto.

Luego que la Iglesia por las leyes de Constantino y sus donaciones, y las de sus sucesores y los particulares se hizo propietaria, estuvo en el caso de hacer prosperar sus rentas, y aquellos inmensos tesoros arrancados á los municipios y puestos en sus manos, fueron el objeto de sus cuidados, empezó por mejorar la condicion de los siervos que con el terreno recibiera, y de uno en otro paso los elevó á la condicion de colonos libres, alentó el trabajo con recompensas, salvando la valla que impedia que el siervo fuese colono libre, y éste propietario no paró hasta que consiguió este objeto; merced á sus desvelos, el esclavo de ayer mañana fué colono libre, los hijos de éste llegaron á ser propietarios, y en sus nietos empezó ya

esa clase media tan ponderada, elemento el mas vital de los Estados, segun los filósofos de nuestros dias, y que sin el clero, sin su proteccion jamas hubiera salido de la miseria, de los trabajos, de la esclavitud.

Así es que el sacerdote se aplicó á mejorar la condicion del esclavo desde el momento en que tuvo ingreso en los consejos de los emperadores, y este amor á sus semejantes fué el que le hizo aconsejar esas leyes que ponian bajo su proteccion los esclavos¹. Este mismo amor le hizo llevar su caridad al corazon de los bárbaros, infundiendo en ellos tal respeto á los templos, que admira verlos entrar á saco las ciudades y preceptuar que no se toquen los bienes de la Iglesia, modo generoso con que el clero, al par que tributaba su homenaje de respeto á Dios, haciendo inmunes sus templos, preparaba á la humanidad un asilo contra el furor de los conquistadores y el desenfreno de los bárbaros.

En su prosperidad la Iglesia, respetados y atendidos sus ministros por los bárbaros, con bienes para el culto y para el sustento del sacerdote, este hombre humanitario y comunicativo emprendió el modo de aumentar sus productos, y sin necesidad del sistema de Furrier empezó su obra construyendo aldeas en los campos y formando

¹ Cod. Just. de Episc. aud. 1. II.

así poblaciones agrícolas que se dedicasen al cultivo de la tierra: en medio de poblaciones humildes se eleva una pequeña Iglesia servida por su párroco que era el maestro, el director y el padre del pueblo, á quien aconsejaba, dirigia é ilustraba, imponiéndole en la moral del Evangelio, animándole al trabajo, alentándole con la promesa de mejorar de suerte en esta vida y merecer la recompensa eterna.

De este modo planteada la poblacion rural, tendió el sacerdote su vista al esclavo, y compadecido de sus males se propuso remediarlos. Llenos están los concilios de cánones dirigidos á este humanitario objeto; citemos algunos para confusion de los detractores. Ya hemos visto la ley de Justiniano, que pone bajo la proteccion de los obispos los esclavos; pero esto no era suficiente al que necesitaba conseguir su libertad, era necesario elevarlos desde la cualidad degradante en que la usurpacion y la conquista los habia colocado, á la dignidad de hombres libres que proclama el Evangelio; pero tenia para esto que acomodarse el clero á las costumbres y no violentar las transiciones; y al efecto, empezó por asegurarlos de los malos tratamientos, dictando cánones é imponiendo castigos á los que los maltrataren, para cuya comprobacion bastará que, entre los infinitos que se ven en los concilios, citemos el siguiente que es el 8 del concilio de Lérida. "Los clérigos, di-

ce, que maltratan á sus esclavos ó los sacan de las iglesias, sean privados de su dignidad hasta que hagan penitencias." Así garantidas sus personas contra el látigo de sus opresores, viene luego el concilio tercero de Toledo, y en su cánón sexto establece: "Que se concede la libertad á los que la han recibido de los obispos con arreglo á los cánones, y se haga lo mismo con los que han puesto bajo su proteccion otras personas:" el cánón quince autoriza á los esclavos para poder testar á favor de las iglesias, y el veintiuno excomulga á los jueces y recaudadores que los vejan con nuevos tributos: viene en seguida el cánón treinta y dos del cuarto concilio toledano, estableciendo: "Que los obispos por institucion divina son protectores de los fieles, y que si los magistrados ó los poderosos oprimen á los pobres, deben reprenderlos, y si no se enmiendan hacerlo presente al rey." Y como si esto no fuera bastante, los concilios posteriores de Toledo y otros puntos de España, establecen ordenamientos que aseguran las personas y los bienes de los libertos contra las demasías de los poderosos y los abusos de los jueces; y así, llevándolos en escala progresiva de derechos, no termina su trabajo hasta igualarlos á sí mismo, abriéndoles la puerta de las órdenes sagradas y del sacerdocio, estableciendo el cánón once del noveno concilio toledano, que dice: "Si el obispo quiere ordenar á los esclavos de la Igle-

sia les dé libertad, y que siendo de buenas costumbres y arreglada conducta, pueda promoverlos á las órdenes superiores." Compárese esta conducta del clero con la de sus acusadores, y se verá, que mientras estos oprimen al pobre y le desprecian, y le insultan, y le dejan morir de hambre, aquel le alivia su suerte y los eleva hasta sí. Considérese cuánto el clero hizo por el oprimido, y compárese con el estado en que se encontraban los esclavos en el periodo del imperio, entonces se verá la diferencia, y á su vista no podrá menos de apreciarse en cuanto vale ese clero que se vilipendia tan sin caridad, entonces se conocerán sus sentimientos humanitarios y se podrá decir si es ó no cruel, si es ó no déspota, si es ó no sanguinario. ¿Qué hicieron por los esclavos los emperadores? Verdad es que en algo habian mejorado su suerte las leyes de Claudio ¹, Neron ², Adriano ³, Antonino y Diocleciano ⁴, contenidas en el Digesto y código Justiniano; pero no por eso dejaba de considerárseles como una segunda especie de hombres ⁵, y una ley de Constantino ⁶ destinada á defenderlos, enumera las atrocidades

1 Dig. XLVIII. 8. II.

2 Id. II. 2.

3 Id. I. 6. II.

4 Cod. Just. I. 19. I. VII. 13. I.

5 Floro. Hist. III. 20.

6 Cod. Teod. IX. 12. I.